El valor de la concha en Mesoamérica noroccidental[1]

Luis Gómez Gastélum

RESUMEN

En este ensayo se presenta una hipótesis para explicar, debido a su valor económico, la presencia de conchas marinas en contextos arqueológicos alejados de la costa. Se plantea una escala donde, en virtud de la cantidad de trabajo necesario para su obtención, se les otorga un mayor o menor valor. Para ello y como ejemplo, son utilizados los reportes de su presencia en algunos sitios del noroeste de Mesoamérica.

INTRODUCCIÓN

Del universo de materiales que pueden aparecer en un contexto arqueológico lejano a la costa, uno de los más llamativos, y fuente potencial de información para inferencias con alto grado de seguridad, es sin duda alguna, la concha de los moluscos marinos. Estos fueron utilizados en diversas actividades del mundo prehispánico, sirvieron como alimentos, así como para manufacturar ornamentos, también como desgrasante en la cerámica o como parte de una ofrenda, entre otras cosas.

Como organismos biológicos, los moluscos poseen sitios específicos de habitación en los que se establecieron prácticamente sin intervención huma-

[1] El presente ensayo es una versión corregida y aumentada de otro que con el título de "El valor de la concha". *Una búsqueda en el área Noroccidental de Mesoamérica*, se presentó en el curso "Estudios ambientales" de la maestría en Arqueología de la Escuela Nacional de Antropología del INAH, en el mes de mayo de 1993.

na, lo que permite definir con relativa seguridad los lugares de origen de las conchas. Por tal propiedad, los arqueólogos las han utilizado para

> ...sugerir zonas de recolecta, rutas hacia la costa; [así como para] identificar la presencia de intermediarios (talleres y centros de redistribución) y sitios de consumo, lo que a su vez nos facilitará estructurar unidades basadas en sistemas de intercambio (comercio, tributo) y aun redes políticas y económicas.[2]

A pesar de lo anterior, hasta el momento se han hecho pocos intentos de explicar por qué aparecen ciertas conchas y no otras en los diversos contextos que puede presentar una excavación arqueológica. Si bien se han argumentado razones de carácter simbólico o económico, entre otras, éstas no se han explicitado de manera clara y concisa, o al menos no lo suficiente. Casi siempre se sobrentiende que las valvas son valiosas, por lo cual están presentes, pero lo que no sabemos es ¿por qué son valiosas? Ante tal situación, este breve ensayo está encaminado a formular una hipótesis para explicar la presencia de las conchas marinas en contextos arqueológicos alejados de la costa. Para ello se pondrá especial énfasis en las variables económicas que hay que considerar a fin de contar con los caparazones en los sitios mencionados.

UNA ANOTACIÓN INDISPENSABLE

Como se mencionó, en este ensayo buscaremos la manera de conocer, en forma explícita, el valor económico que tuvo en su momento una concha, que hoy es arqueológica, con el propósito de poder explicar el por qué se encuentra en determinado contexto. Sin embargo, esta valoración puede no ser la única que haya influido para que esa valva aparezca en el yacimiento que nos preocupa.

No hay que olvidar que las sociedades precolombinas fueron comunidades fuertemente inmersas en un sentimiento religioso que permeaba todas las relaciones que tanto las personas como los grupos sociales establecieron entre ellos. En ese mundo donde se creía que los dioses determinaban la

[2] Beatriz Braniff, *Arqueomoluscos de Sonora, Noroeste y Occidente de Mesoamérica*; Col. Cuadernos de Trabajo, núm. 9, INAH, México, 1989, p. 7.

existencia de la humanidad, y de todas las cosas presentes en la tierra, sobre de ella y bajo su superficie, todo ente, animado o inanimado, respondía a la voluntad de un dios, o de todos.

En ese universo las conchas jugaban un papel importante, ya que por sus características de forma, color, u otras, podían ser desde un regalo de las divinidades, un marcador de rango, una ofrenda funeraria o para las deidades, o bien la representación del piso o del cielo de la cosmovisión de un pueblo. Ello seguramente motivó la colocación de valvas que en nuestra escala de valor ocuparán los escalones más bajos, en contextos ceremoniales de suma importancia, como podría ser el caso de Nerita scabricosta[3] en las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan.

En estos casos el estudio riguroso y detallado de los contextos, acompañado del de las fuentes escritas, si hay la fortuna de que existan, debe dar luces sobre el papel que jugaron esos caparazones en el modo de concebir el universo del pueblo estudiado.

Ahora bien, en un buen número de ocasiones el valor económico se esconde detrás del valor simbólico de un objeto. Un ejemplo de ello podría ser el documentado de Jorge Marcos para el *Spondylus princeps*.[4] En ese escrito se propone que fue la importancia simbólico-religiosa de esta especie en Sudamérica, lo que hizo de su pesquería una verdadera industria en Mesoamérica, donde su valor simbólico era menor y, por lo tanto fue aprovechado por su valor económico en los intercambios con el cono sur de nuestro continente.

No hay que perder de vista que los valores simbólicos y religiosos de una sociedad encubren, de manera más o menos velada, los intereses económicos que hacen posible su funcionamiento y reproducción. De tal forma, el gran valor simbólico que pueda tener una venera de "ínfimo" valor económico, está reforzando, en última instancia, una relación económica determinada.

[3] Nerita scabricosta, de acuerdo con Bruno Sabelli, *Guía de Moluscos*, Col. Guías de la Naturaleza, Ediciones Grijalbo, S.A., Barcelona, 1982, ficha 194; vive en un nicho de clave R, los lugares de habitación de los moluscos serán discutidos más adelante.

[4] Jorge Marcos, "Intercambio a larga distancia en América: el caso del Spondylus", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 1, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, junio 1980, pp. 124-129.

LA HIPÓTESIS

Un estudio de este tipo, ya sea que intente determinar el valor económico o el valor simbólico de las conchas marinas, debe estar siempre sustentado en una muestra suficiente de modo que arroje resultados confiables. Es obvio que una o dos valvas no dan información suficiente para obtener patrones que nos permitan dar una explicación factible, y no sólo plausible, de por qué ellas aparecieron en el sitio en que lo hicieron. Ello debe estar siempre acompañado del estricto control de registro, sólo así se podrán observar cosas que, en un primer momento, no son visibles.

Así, tomando en cuenta lo anterior, el primer paso para saber por qué una concha se encuentra en determinado lugar es determinar el contexto de su recuperación y la asociación del mismo. En este sentido Lawrence H. Feldman, en un trabajo publicado en 1976,[5] definió cinco tipos de contextos:

A. relleno
B. entierro
C. área de cementerio
D. juego de pelota
E. complejo ceremonial.[6]

Observando con detenimiento esta propuesta, es posible advertir que las categorías B y C, así como la D y la E, son sumamente afines, de hecho B puede ser una unidad de C, y D podría serlo de E, en sitios que presenten cierta complejidad. De allí, y sólo por razones de facilidad para la comprensión de la hipótesis, a partir de lo señalado por Feldman propondríamos sólo tres tipos de contexto y agregaríamos otro:

A. relleno
B. basureros
C. funerarios
D. ceremoniales

[5] Lawrence H. Feldman, "Greater Nayarit Archaeological Molluscs and Archaeo-Molluscan Units in Northern Mesoamerica", en Clement W. Meighan (Ed.), *The Archaeology of Amapa, Nayarit*, Col. Monumenta Archaeologica, núm. 2, University of California at Los Angeles, Los Angeles, 1976, pp. 163-181.

[6] Feldman hace la aclaración de que asigna las conchas a la categoría de relleno, cuando en su fuente el contexto no está establecido, no es conocido, o no hay asociación con artefactos, entierros, etc. *Ibid.*, p. 179

Ahora bien, es indispensable relacionar estos contextos con los anteriores —cuando esa sea la situación—, así como ubicarlos dentro del sitio de origen, es decir, no hay que verlos de manera aislada.

El segundo paso para entender por qué una concha aparece en un determinado contexto, depende de su correcta identificación. El nombre científico de la especie de molusco, como lo señala Oscar J. Polaco,

> representa la llave de acceso a toda la información biológica que los investigadores conocen sobre ella. Así, al contar con ese nombre es posible reconocer los aspectos característicos de cada especie, tales como su tamaño, forma, color, hábitat, comportamiento, distribución geográfica, requerimientos ecológicos, importancia biológica y muchos otros.[7]

Con dicha información disponible, es posible proponer el valor que representa una concha desde una perspectiva netamente económica. Hay que aclarar que ello reflejaría una medición cualitativa, es decir, mayor o menor valor, y no un cálculo cuantitativo —¿cuánto vale?—, ya que al no ser el sistema económico de las sociedades prehispánicas el mismo que el nuestro, es sumamente difícil, si no imposible, realizar este tipo de equiparaciones.

Aun así, ¿cómo vamos a saber que una valva vale más que otra? En primer término es necesario definir qué es lo que se entiende por valor económico. Consideramos que para que un objeto, cualquiera que éste sea, tenga algún valor, debe contribuir a satisfacer una necesidad —de cualquier tipo: material, intelectual o espiritual—, ya que de no ser así no existiría el interés por obtenerlo.

Según Carlos Marx, un objeto puede tener valor de uso y valor de cambio, o valor. El primero se define según su capacidad para satisfacer una necesidad, es decir, de acuerdo a su utilidad, y "...está condicionada por las propiedades del cuerpo de la mercancía, y no existe al margen de ellas".[8] Además de que "...este carácter suyo no depende de que la apropiación de sus propiedades útiles cueste al hombre poco o mucho trabajo".[9]

Por su parte, el valor, o valor de cambio, se define como "...la cantidad de trabajo socialmente necesario, pues, o el tiempo de trabajo socialmente

[7] Oscar J. Polaco, "La fauna en el Templo Mayor, una aproximación metodológica", en Oscar J. Polaco (Coord.), *La fauna en el Templo Mayor*, Col. Divulgación, Coedición Instituto Nacional de Antropología e Historia, García Valadés Editores, y Asociación de Amigos del Templo Mayor, México, 1991, pp. 15-31.

[8] Karl Marx, *El Capital*, vol. I, t. 1, Col. Biblioteca del Pensamiento Socialista, Siglo XXI editores, México, 15ª ed., 1985, (original de 1872), p. 44.

[9] *Ibid.*

necesario para la producción de un valor de uso".[10] Un valor de uso para tener una valoración económica debe, necesariamente, transformarse en mercancía, y para que ello suceda "...el producto ha de transferirse a través del intercambio a quien se sirve de él como valor de uso".[11]

De acuerdo con lo anterior, para poder realizar el objetivo arriba planteado —la determinación del valor de las conchas— se deben cumplir los siguientes requisitos:

a) La obtención de las conchas deberá asumir la condición de una actividad intencional, es decir, pensada y llevada a cabo de manera sistemática.
b) Éstas deberán convertirse en mercancías y llegar al sitio de su descubrimiento por la vía de algún tipo de intercambio, de modo que lo que se observa en el contexto arqueológico es el resultado del proceso de su consumo.

Ahora bien, ¿cómo inferir desde el contexto arqueológico tales condiciones? Por un lado, creemos que es razonable pensar en la pesquería de ciertos moluscos, cuando la cantidad y persistencia de determinadas especies es constante, así como cuando sus conchas no muestran evidencias de erosión provocado por el rodamiento a que somete el oleaje del mar a los restos de los especímenes muertos. Por el otro, si no se encuentran en las poblaciones cercanas a los posibles lugares de recolecta de tales organismos, restos de la cultura material de los sitios que reportan la presencia de conchas, o si se encuentran sólo de manera muy localizada en contextos que no sugieran la dominación,[12] no es ilógico pensar que posiblemente se trate de distintos grupos que han entablado una relación de intercambio, unos como proveedores y otros como consumidores.

Cumplidas tales condiciones, proponemos que tomando en cuenta las siguientes consideraciones es posible establecer una escala de valor para las conchas encontradas en los contextos arqueológicos. En este momento la escala es muy rudimentaria, y aspiramos —lo repetimos—, a lo sumo, a decir cuál concha tendría más valor que otra, pero no cuánto.

[10] *Ibid.*, p. 48
[11] *Ibid.*, p. 50.
[12] Sobre este tipo de contextos consúltese el artículo de Manuel Gandara V., "El estudio de las similitudes y diferencias en el material arqueológico: Tradición, influencia y área de interacción", en Evelyn C. Rattray, Jaime Litvak K. y Clara Díaz O. (comps.), *Interacción cultural en México Central*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1981, pp. 13-20.

Dichas consideraciones principales son:

1) El hábitat de las especies de moluscos de las que proceden las conchas.
2) La distancia que éstas recorren desde su lugar de recolecta hasta el sitio de su consumo.

En caso de que no pueda precisarse el punto de recolección se sugiere tender una línea recta que una el paraje del descubrimiento con el punto más cercano de la costa de donde tales especies pudieron llegar. A éstas puede agregarse, además, la abundancia o escasez en la población de la variedad pescada. Sin embargo, en este nivel de la hipótesis es una variable difícil de manejar, ya que ignoramos cómo podríamos definir cuándo una comunidad biológica tiene un tamaño normal, está sobrepoblada, o bien deprimida. De todas formas, aquí especularemos que todos los moluscos vienen de poblaciones normales, a menos que en nuestras fuentes haya nota en contrario.

En cuanto al origen de los moluscos marinos reportados en los trabajos arqueológicos en el noroeste de Mesoamérica, éstos proceden de tres provincias malacológicas: la panámica o panameña, la californiana y la caribeana; las dos primeras ubicadas en el Océano Pacífico y la última en el Atlántico. De acuerdo con datos aportados por Feldman[13] y por Bruno Sabelli[14], la provincia panámica corre desde Punta Aguja, en el Perú, hasta Cabo San Lucas, en México; la provincia californiana, va desde dicho lugar hasta la Punta Concepción, en Estados Unidos, incluyendo el Mar de Cortés. Por su parte, la provincia caribeana se extiende desde Cabo Frío, en Brasil, hasta la altura de la desembocadura del Río Pánuco, en México (véase fig. 1).

Dentro de dichas provincias, según Feldman[15], los moluscos utilizados por los pobladores prehispánicos del noroeste de Mesoamérica proceden de uno de los siguientes nichos ecológicos o hábitats:

> costa litoral y playas rocosas superficiales (R), playa litoral arenosa y planicie del mismo tipo hasta los 10 metros (Sa), y manglares o lagunas de baja salinidad (B). A diferencia de las valvas de los nichos citados, las

[13] Lawrence H. Feldman, "Archaeomolluscan species of Northwest Mesoamerica: Patterns of natural and cultural distribution", en Betty Bell (Ed.), *The Archaeology of West Mexico*, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, A. C., Ajijic, 1974, pp. 225-239.

[14] Bruno Sabelli, *op. cit.*; p. 46 - 47.

[15] Lawrence Feldman, *op. cit.*, 1974, p. 225. Las letras mayúsculas entre paréntesis son las claves asignadas por el autor.

conchas de los siguientes son más raras: fondos arenosos o fangosos (11 a 26 metros) (Sb), plataforma continental intermedia (27 a 65 metros) (X), plataforma continental exterior (66 a 126 metros) (Y), y pelágicos (nadadores libres, que lo hacen comúnmente sobre los fondos de Sb o de X) (W).

Figura 1. Provincias malacológicas. 1) Provincia californiana; 2) Provincia panámica; 3) Provincia caribeana.

> Los últimos cuatro nichos, cuando están representados lo son solamente por muy pocas conchas, pudiendo ser mejor consideradas como encontradas en la playa más que pescadas deliberadamente.[16]

Agrega, además, la clave (S) que incluye los nichos (Sa) y (Sb) (véase fig. 2).

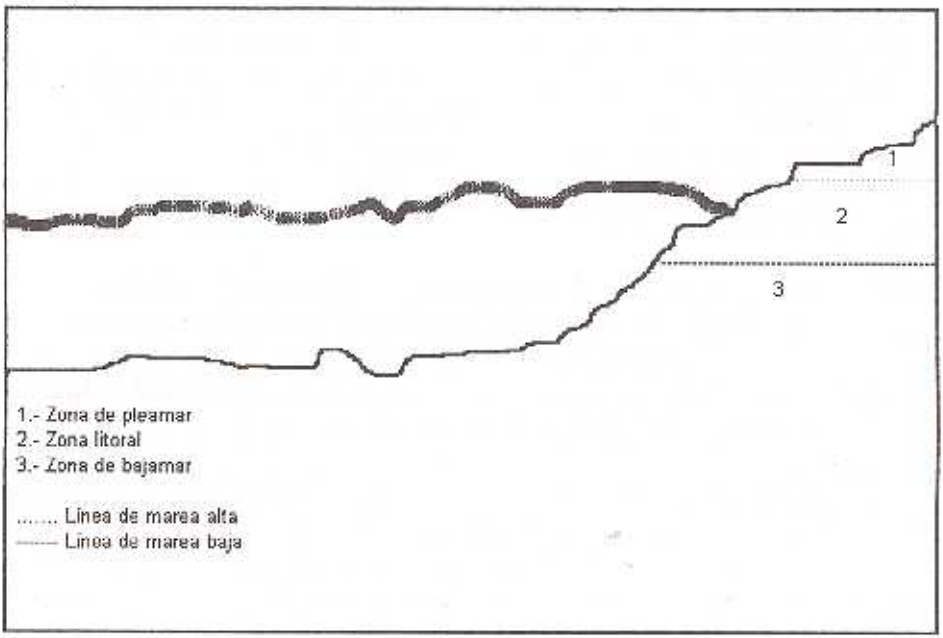

Figura 2. La zona litoral es aquella que se encuentra entre el límite de la marea alta y el de la marea baja.

A partir de las propuestas ofrecidas, para construir una escala de valor para las conchas arqueológicas es menester considerar, primero, la cantidad de trabajo que implica obtener los moluscos. Segundo, la distancia recorrida desde el probable sitio de colecta hasta el de consumo.

[16] Traducción nuestra. La cita original es: " intertidal and shallow rocky shores (R), intertidal sand beaches and sand flats to 10 meters (Sa), and low-salinity lagoons or mangroves (B). Unlike the valves of the former niches, at most sites shells of the following are rather uncommon: sand or sand-mud bottoms (11 to 26 meters) (Sb), intermediate shelf (27 to 65 meters) (X), outer shelf (66 to 126 meters) (Y), and pelagic (free swimming, commonly above Sb or X bottoms) (W). The four last niches, when present as only a very few shells, might best be considered as representing beach shells rather than shellfish sougth deliberately".

De tal forma proponemos que la escala quedaría de la siguiente manera:

a) Con el valor más bajo las conchas obtenidas en lagunas de baja salinidad y manglares (clave B).
b) Con un valor mayor las obtenidas en la costa litoral y las playas rocosas superficiales (clave R).
c) Luego vendrían aquellas pescadas en las playas litorales arenosas y la planicie del mismo tipo hacia los 10 metros (clave Sa).
d) Más valor tendrían aquellos moluscos que provienen de los fondos arenosos o fangosos entre los 11 y los 26 metros (clave Sb). Tal vez sería conveniente, en razón de que cubren un nicho ecológico que incluye un rango de mayor profundidad, incluir aquí a las especies que se pueden encontrar tanto en este nicho como en el anterior (clave S).
e) Uno de los valores más altos corresponden a las conchas procedentes de la plataforma intermedia, entre los 27 y 65 metros (clave X), así como a los de ambientes pelágicos (clave W).
f) Las valvas más valiosas son las que provienen de la plataforma exterior, entre los 66 y 126 metros (clave Y).

En cuanto a la distancia, en el caso que nos ocupa las conchas caribeanas tendrían un mayor valor que las panámicas o las californianas. Ambos aspectos —nicho ecológico y distancia—, utilizados de manera conjunta permitirían tener una visión razonable del valor económico de las valvas, lo que a su vez podría ser el inicio de la explicación de por qué un caparazón se encuentra en un determinado contexto arqueológico.

UN INTENTO DE APLICACIÓN EN EL NOROESTE DE MESOAMÉRICA

Uno de los fenómenos que siempre llaman la atención de los arqueólogos, quizá por su obviedad, es la afinidad existente entre los materiales arqueológicos de diversas áreas geográficas. Esto ha dado lugar a interpretaciones que resaltan los contactos entre diversas sociedades, relaciones que pueden tener el carácter de dominación-subordinación, intercambio pacífico, y otros.

En el noroeste de Mesoamérica una de tales manifestaciones fue reconocida a partir de la década de 1970 y de los trabajos de Charles Kelley[17] en el norte de México, ésta se distinguió al observar que eran compartidas una serie de decoraciones sobre la cerámica por sitios arqueológicos que se encuentran en las regiones norte, central y de los Altos de Jalisco; así como el oeste, el centro y el sur de Zacatecas, principalmente.

Para explicar el hecho, Kelley[18] proponía la existencia de una esfera de interacción que tendía, bajo la égida de un grupo pochteca, a homogeneizar la cultura material. Esta idea es retomada por Peter Jiménez Betts[19], afinándola y señalando como su eje a un enlace entre el Valle de Atemajac, los Altos, la Cañada de Bolaños, y parte de la Sierra del Nayar, en el estado de Jalisco; el Cañón de Juchipila, el Valle de Malpaso y Chalchihuites, en el estado de Zacatecas; formando lo que denomina el enlace A-J-M-C20, cuya existencia está sustentada en la presencia de figurillas y materiales cerámicos muy semejantes. Sin embargo, a diferencia de lo expresado por Kelley, para Peter Jiménez el impulso que tiende a uniformizar la cultura material está dado por la influencia teotihuacana que irradia desde el centro de México.

Sin entrar a considerar la validez de la propuesta, tanto de Kelley como de Jiménez Betts, nos limitaremos a revisar los datos de nuestro interés para llevar a la práctica los razonamientos arriba expuestos. Estos provienen principalmente de los trabajos de Lawrence H. Feldman ya citados, pues contempla las condiciones propuestas por nosotros.

Siguiendo a Feldman los sitios que caen en el área señalada por Peter Jiménez, y que han reportado la presencia de conchas, son los siguientes: San Aparicio, Tequesquite y Totoate en el estado de Jalisco; así como Juchipila, Potrero del Calichal, La Cofradía y El Vesuvio en Zacatecas.

En San Aparicio, Jalisco, el citado autor informa de la existencia de *laevicardium elatum, patella mexicana*, y *turbinella angulatus*. Para Tequesquite, Jalisco, observa la aparición de *aequipecten circularis, glycymeris maculata, marginella apicina, morum tuberculosum, olivella volutella* y *pyrene major*. Y de Totoate, Jalisco, señala la presencia de *aequipecten circularis* y de *cerithidea mazatlanica*[21].

[17] Véase al respecto el artículo: Charles Kelley, "Speculations on the culture history of Northwestern Mesoamerica", en Betty Bell (Ed.), *The Archaeology of West Mexico*, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, A. C., Ajijic, 1974, pp. 19-39.

[18] *Ibid.*, p. 22-23.

[19] Peter Jimenez Betts, "Perspectivas sobre la arqueología de Zacatecas", en *Arqueología*, núm. 5 (1ª época), Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, México, 1989, pp. 7-50.

[20] *Ibid.*, p. 10 y 25

[21] Lawrence H. Feldman, *op. cit.*, tabla 6, 1974, p. 235.

En los contextos zacatecanos de Juchipila se tiene *Fasciolaria princeps* (caracol chile[22]). Dentro del Potrero del Calichal, Zacatecas, se detectaron conchas de *laevicardium elatum, oliva porphyria* (caracol brilloso), *oliva spicata* y de *strombus galeatus* (caracol burro). En La Cofradía, Zacatecas, registra la presencia de *laevicardium elatum*, y de *rangia mendica*. Por último, en El Vesuvio, Zacatecas, se detectó la especie *polinices uber*.[23]

De estas especies sólo *laevicardium elatum* tiene presencia en sitios de los dos estados, mientras que las demás especies únicamente aparecen en un lugar de cada una de las dos entidades.

Ahora, de las especies mencionadas, las siguientes habitan en el nicho de clave R: *patella mexicana* y *pyrene major*. Ambas provienen de la provincia panámica en el Océano Pacífico.[24]

Los moluscos mencionados a continuación viven en el nicho con clave Sa: *fasciolaria princeps*, que puede llegar tanto de la provincia panámica, de la del caribe, y de la californiana;[25] *oliva porphyria*, que únicamente procede de la panámica y de la californiana; y *strombus galeatus*,[26] de los mismos lugares que la *fasciolaria*.

Del nicho Sb se origina la *turbinella angulatus*,[27] que sólo viene de la provincia caribeana; de este mismo hábitat es *olivella volutella*,[28] aunque ella se obtiene en la provincia panámica.

Dentro del nicho S existen: *laevicardium elatum*, y *oliva spicata*. Ambas se pescan en la provincia panámica. Para el nicho B se reportan: *cerithidea mazatlanica* y *rangia mendica*. También procedentes de dicha provincia.

En el nicho W se encuentra *aequipecten circularis*, que se puede encontrar tanto en la provincia panámica como en la del caribe.

[22] Los nombres comunes proceden del artículo: Fermín Reygadas y Guillermo Velázquez, "Extracción de moluscos por los grupos indígenas en la región austral de la Baja California", en Yoko Sugiura Y. y Mari Carmen Serra P. (Eds.), *Etnoarqueología*, Primer Coloquio Bosch-Gimpera, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990, pp. 241-262.

[23] Feldman; *op. cit.*, tablas 6 y 7, 1974, pp. 235 y 236.

[24] Todos los datos sobre los nichos ecológicos de las especies de moluscos proceden de Feldman, Lawrence H., *op. cit.*, 1974, a menos que haya nota en contrario.

[25] La mención de la presencia de estas especies en la provincia californiana es una inferencia nuestra a partir del artículo de Fermín Reygadas y Guillermo Velázquez, *op. cit.*, tabla 1, p. 256-257. Aún así debe tomarse con reservas, pues el área de estudio de los autores abarca el extremo sur de la península de Baja California, que incluye el área de La Paz y de Los Cabos, que es zona de transición entre las provincias panámica y californiana.

[26] Feldman, *op. cit.*, 1976, p. 167.

[27] Bruno Sabelli, *op. cit.*, ficha 126.

[28] *Ibid.*, ficha 85.

Feldman no proporciona nichos ecológicos para cuatro especies, dos de ellas son obtenibles en la provincia panámica (*glycymeris maculata* y *polinices uber*). Una más (*morum tuberculosum*) podría conseguirse tanto en la provincia panámica como en la californiana,[29] y *marginella apicina* procede del caribe. No obstante, la comparación con otras especies del mismo género nos permiten especular que la primera de ellas bien puede habitar un nicho de clave (Sa), mientras que *polinices uber* y *marginella apicina* lo harían en otro de clave (S).

Discusión

Revisando los datos proporcionados por Feldman y por Sabelli a la luz de la hipótesis propuesta por nosotros, es decir, considerando la dificultad —léase cantidad de trabajo— que representa obtener las valvas de las diferentes especies de moluscos, podemos asignarles un lugar en la escala de valor arriba mencionada.

De tal manera, por la ubicación geográfica del noroeste de Mesoamérica, que colinda con el Océano Pacífico, las conchas más valiosas son las que proceden de la provincia caribeana, ubicada en el Golfo de México. Este sería el caso de *turbinella angulatus* y de *marginella apicina*. Es posible sugerir que ambas podrían tener el mismo valor, aunque no lo sabemos con seguridad, ya que desconocemos el nicho ecológico de la última, pero de ser correcta la suposición del hábitat de la segunda especie ambas caerían en el tercer grupo de seis posibles —en orden de valor decreciente— en el patrón propuesto.

El siguiente escalón hacia abajo estaría ocupado por *aequipecten circularis*, que en caso de haber llegado desde la provincia caribeana sería la valva más valiosa por reunir ambas cualidades (dificultad de acceder al nicho y distancia).

En el orden decreciente, adoptado para la exposición, el tercer lugar es ocupado por *olivella volutella, laevicardium elatum*, y *oliva spicata*, a las que posiblemente podría agregarse *Polinices uber*, ya que son especies que ocupan principalmente los fondos arenosos o fangosos de los 11 a los 26 metros —nicho (Sb)—, y que en algunas ocasiones podrían encontrarse también en las playas arenosas litorales y las planicies del mismo tipo hasta los 10 metros, nicho (S).

[29] Señala Lawrence H. Feldman, *op. cit.*, 1974, p. 230, que, al haber perdido ciertas partes el ejemplar recuperado, la identificación de la especie sugiere su existencia en ambas provincias.

El cuarto sitio es para *fasciolaria princeps, strombus galeatus*, y *oliva porphyria*, ya que su pesca puede implicar, en virtud a su nicho, quizá un menor esfuerzo que las del escalón anterior. Sin embargo, en el caso de que las dos primeras especies tuvieran su lugar de origen en el Golfo de México, serían de las conchas de mayor valor, si bien menor al de *turbinella angulatus*, que representa un mayor riesgo en su obtención.

Dentro del penúltimo escalón entran *patella mexicana*, y *pyrene major*, ya que su adquisición puede realizarse perfectamente sin necesidad de bucear, cosa que no es posible para los moluscos de los hábitats anteriores.

Las conchas menos valiosas serían *cerithidea mazatlanica* y *rangia mendica*, pues de acuerdo al nicho ocupado, su captación parece ser la de menor dificultad.

De estar en lo correcto la propuesta aquí sugerida, los contextos de localización deberán corresponder al valor de las conchas, de tal forma las valvas de mayor valía se encontrarán en los yacimientos de tipo funerario o ceremonial (claves C y D). Sin embargo, aquí se impone una llamada de atención, si hemos señalado que en los sitios arqueológicos distantes de la costa todas las veneras son valiosas, entonces, ¿por qué algunas acabarían como parte de un simple relleno, o peor aún, de un basurero?

No hay que olvidar que los materiales arqueológicos, cualesquiera que éstos sean, son los restos materiales de las actividades humanas realizadas en el pasado, y las conchas marinas no son la excepción a ello. Todos estos vestigios han pasado, desde el momento de su abandono o pérdida, por los procesos de formación y transformación del registro arqueológico.[30] De tal forma, el descarte de un objeto por la finalización de su vida útil, su extravío involuntario, o bien las partes restantes de un proceso de producción, pueden aparecer con el paso de los años en los basureros o en los rellenos.

Es posible reconocer cómo fue desechado un objeto por las huellas presentes en él, así como por los demás elementos asociados en ese contexto en particular. En el caso de las conchas, cuando son utilizadas como marcadores de élite, es de esperarse que aparezcan no en cualquier basurero o relleno, sino en los asociados a las unidades habitacionales de dichos grupos al interior del sitio. Si se trata de "basura", tal y como la conceptualizamos en la actualidad, debe mostrar las huellas del desgaste y tal vez roturas de objetos

[30] Para una discusión sobre este tipo de procesos véase: Michael B. Schiffer, *Formation processes of the archaeological record*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1987 y también Michael B. Schiffer, "¿Existe una 'premisa de Pompeya' en arqueología?", en *Boletín de Antropología Americana*, núm. 18, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, diciembre 1988, pp. 5-31.

que ya finalizaron su ciclo útil; si han sido extraviados prematuramente, no exhibirán tal desgaste y podrían ser encontrados en lugares "trampa" donde no los alcanzarían las labores de limpieza.[31]

Ahora, cuando los caparazones son utilizados como materia prima de ornamentos, debemos esperar encontrarlos en contextos identificados como talleres, en donde se localizarán fragmentos de las valvas con las marcas propias de ese proceso de elaboración, algunos quizá malogrados, y eventualmente conchas completas, además de piezas terminadas.

Por otro lado, no es posible rechazar completamente la posibilidad de que los moluscos marinos hayan sido utilizados como alimento, y que hubieran sido transladados con todo y su cubierta tierra adentro, si esto está ocurriendo posiblemente se podrían apreciar señales de su cocción o ahumado para su conservación por un cierto tiempo,[32] aquí al igual que con los marcadores de jerarquía, se esperaría encontrarlos en vertederos asociados a las unidades habitacionales de alto rango. De tal forma, aun las veneras "menos" valiosas nos estarían hablando de fortaleza económica. Cuando menos ese parece ser el caso de *cerithidea mazatlanica* y de *rangia mendica*.[33]

Ahora bien, es claro que hay que adaptar la hipótesis a los distintos niveles de sociedades prehispánicas, principalmente cacicazgos y estados. Así, guiados por el principio jerárquico de los primeros, y el carácter clasista de los segundos, es razonable esperar una distribución de conchas congruente con el tipo de sociedad de que se trate.

De tal manera, el siguiente paso para corroborar los planteamientos aquí formulados es el de revisar los contextos de los descubrimientos de valvas documentados, o bien llevar a cabo excavaciones tendientes a proporcionar más datos en este sentido. Como nos encontramos en el primer punto seguiremos revisando la información proporcionada por Feldman,[34] quien indica que nuestra concha de mayor valor —*turbinella angulatus*— se encontró en un contexto funerario; la del segundo rango —*aequipecten circularis*— se ha encontrado tanto en relleno como en depósito funerario; mientras *laevicardium elatum*, del tercer nivel, se localizó en relleno y en un contexto ceremonial; por su parte *strombus galeatus*, que puede ser de cuarto grado o mayor, también ha sido parte del relleno o de un contexto funerario;

[31] Véase Schiffer, *op. cit.*, 1988, pp. 12-13.
[32] Consúltese al respecto a Feldman, *op. cit.*, 1976, pp. 177-178.
[33] *Ibid.*
[34] *Ibid.*

del quinto escalón en la escala, *patella mexicana*, se presentó en las mismas condiciones que la anterior; y por último, como ya se mencionó, *cerithidea mazatlanica* y *rangia mendica* son consideradas como restos alimenticios encontrados en el relleno. Sin embargo, a pesar de estas puntualizaciones, el nivel de generalización con que se presentan los datos, impide corroborar nuestra hipótesis.[35]

En otro orden de cosas, investigaciones realizadas a fines de la década de 1970 y principios de la de 1980 en el Cerro del Huistle, municipio de Huejuquilla El Alto, Jalisco, por la Misión Arqueológica Belga en México, sacaron a la luz una serie de entierros múltiples cuya principal característica fue la de estar profusamente ornamentados con objetos elaborados con conchas marinas.[36] El Cerro del Huistle ha sido considerado como un sitio secundario dentro de la cultura Chalchihuites por Marie-Areti Hers,[37] mismo que no revela huella alguna de una sociedad fuertemente estratificada.[38] Aunque es difícil estar de acuerdo con dichas aseveraciones, no entraremos a discutirlas y nos abocaremos a examinar los materiales de concha ya referidos.

De acuerdo con lo referido por Hers, y siguiendo la lógica de nuestra hipótesis, los ornamentos de concha encontrados en el Cerro del Huistle deben presentarse de manera consistente en prácticamente todos los entierros del sitio, reflejando una sociedad altamente igualitaria. Es decir, todas las conchas utilizadas deberán tener igual valor, ya que no hay un poder mayor que obligue a destinar las conchas más valiosas, en caso de existir, a un determinado individuo o grupo de ellos.

Enriqueta Olguín, encargada del estudio del material malacológico de ese sitio, reporta que fueron rescatadas grandes cantidades de ornamentos de concha en dos temporadas (1979 y 1981), no precisa sus contextos, pero señala que resaltan aquellos que se recuperaron con cuatro entierros que fueron numerados como 15, 25, 51, y 65.[39] Todos éstos fueron múltiples y presentaban algunos individuos desarticulados en parte, las ofrendas que los

[35] Lo cual, obviamente, no es culpa de Feldman que trabajaba sobre su propio problema de investigación.

[36] Enriqueta M. Olguín, "Ornamentos de concha: Indicadores de relevancia social en un área del Occidente de México", en Eduardo Williams y Robert Novella (coords.), *Arqueología del Occidente de México*, Col. Memorias, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1994, pp. 183-216.

[37] Marie-Areti Hers, *Los toltecas en tierras chichimecas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1989.

[38] *Ibid.*, pp. 57-58.

[39] Olguín, *op. cit.*, 1994, p. 183.

acompañaban incluían algunas vasijas, cerámicas, algunos objetos no identificados decorados al pseudocloisonné, así como unas piedritas sin trabajar denominadas "piedras de chamán". Los ornamentos de concha se presentaron como arreglos de cuentas a manera de faldellines, collares y tocados, sin descartar la posible presencia de pulseras y brazaletes.[40] Por lo que corresponde a los tocados sólo los exhibían el individuo 1 del entierro 25 y el A del 51.

Las especies que fueron materia prima de dichos adornos,[41] son las siguientes: *serpulorbis oryzata* —utilizada principalmente para las cuentas de los faldellines además de los collares—, *persicula bandera* —usada como pendiente de un collar—, *chama echinata* —que forma el tocado y el collar del individuo 51-A—, *gutata ocellata* —también presente en el collar de 51-A—, y *oliva sp.* —2,155 caracolitos que forman el tocado del individuo 25-1—.[42] Todas ellas, a decir de Hers,[43] son "...provenientes de la costa del Pacífico, desde el norte de Jalisco [sic] hasta Sinaloa y Sonora".

De las especies señaladas nuestra bibliografía disponible sólo nos permite conocer con seguridad el hábitat de *oliva sp.*, que se encuentra en un nicho de clave (S), que en caso de tratarse de *olivella sp.* como lo sugerimos en la nota 42, sería un nicho (Sb) y tendrían igual valor. Para *chama echinata*, es posible especular entre un hábitat de clave (R) y uno de clave (X), así como su procedencia de la provincia panámica, a partir de los nichos que Feldman[44] presenta para otras especies del mismo género. De las especies restantes no tenemos información, a excepción de la seguridad de que *persicula bandera* se localiza en la provincia panámica, concretamente en la Bahía de Banderas, entre Jalisco y Nayarit.[45]

Con lo restringido de nuestros datos sólo es posible afirmar que *oliva sp.*, u *olivella sp.*, son las conchas más valiosas del conjunto, siempre y cuando *chama echinata* no provenga de un nicho de clave (X), lo que la volvería en la de mayor valor. Debido a que todos los individuos de los entierros señala-

[40] *Ibid.*, pp. 184-187.

[41] Cuya identificación se acredita al biólogo Oscar J. Polaco, *ibid*, p. 188.

[42] Permítanos discrepar, *Oliva sp.* es una especie de caracol de talla media que normalmente supera con mucho la longitud de dos a cuatro milímetros que Olguín, *ibid.*, p. 200, señala para sus ejemplares. Por la descripción del material nos sentiríamos más inclinados a que la especie de referencia pudiera ser *Olivella sp.*, molusco de gran parecido al anterior, sólo que de talla muchísimo más pequeña y que encuadra perfectamente en la citada descripción. Consúltese al respecto a Sabelli, *op. cit.*, fichas 83 y 85.

[43] Marie-Areti Hers, "La pintura pseudocloisonné, una manifestación temprana en la cultura Chalchihuites", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 53, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983, p. 32.

[44] Feldman, *op. cit.*, table 4, 1974, p. 232.

[45] Braniff, *op. cit.*, p. 63.

dos presentan faldellines, parece que los tocados son el elemento que señala al individuo principal de la inhumación, que debió ser, quizá, el único facultado para utilizarlo. De ser así, y apoyados en lo anterior, es posible proponer que en la sepultura 25-1 descansarían personas de mayor importancia para la comunidad del Cerro del Huistle, si es que *oliva sp.* es realmente la concha de mayor valor; pero en caso de que lo sea *chama echinata*, entonces el entierro de mayor importancia sería el 51, donde el individuo principal es el A.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Como el lector ha podido apreciar a lo largo del artículo, no hemos podido corroborar o refutar la hipótesis en él presentada. La información disponible hasta el momento sugiere que aquella pudiera ir por el camino correcto, ya que la información obtenida en los informes de Feldman muestran una lógica que une el valor de las especies implicadas con los contextos de su recuperación. Sin embargo, la generalidad con que dicho testimonio es presentado no nos permite tener certezas concluyentes.

En el extremo contrario se encuentra la nota ofrecida por Olguín, quien presenta el detalle de algunos entierros pero no muestra el panorama completo de los materiales malacológicos. Esto también impide llevar a cabo esa tarea en este momento, aunque permite hacer sugerencias sobre el carácter de los personajes inhumados en el Cerro del Huistle y observar que posiblemente esa comunidad no fue tan igualitaria como lo sugiere Hers.

No obstante lo anterior, consideramos que el objetivo señalado al inicio de este ensayo se cumplió, es decir, presentamos una propuesta metodológica que, en caso de corroborarse, puede ser una herramienta de utilidad para los arqueólogos, ya que permite otorgar a una concha un lugar en una escala de valores económicos, de acuerdo con la cantidad de trabajo que represente su obtención. Queda, por lo tanto, la puerta abierta para que otros investigadores puedan señalar defectos o virtudes de lo aquí asentado.

AGRADECIMIENTOS

La redacción de este ensayo se vio enriquecida y beneficiada gracias a los amables comentarios de Fernando Sánchez Martínez, de la Subdirección de Laboratorios y Apoyo Académico del Instituto Nacional de Antropología e

Historia (INAH); Lauro González Quintero, de la Subdirección de Salvamento Arqueológico del INAH; Juan Alberto Román Berrelleza, del Museo del Templo Mayor del INAH; de Francisco Valdez, del Instituto Francés de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación (ORSTOM); y de Rosa H. Yáñez Rosales, del Departamento de Estudios del Hombre de la Universidad de Guadalajara. A todos ellos mi reconocimiento y agradecimiento por su cortesía. Como siempre resulta en estos casos, la correcta o fallida interpretación de sus comentarios es responsabilidad de quien esto escribe.